

se regulaban los deberes religiosos y los deberes civiles y políticos del ciudadano. El César era pontífice máximo, guardian é intérprete del culto y del dogma, como guardian é intérprete de la ley política. La soberanía política y la sacerdotal, acumuladas en una misma mano, revestían á la persona del príncipe de carácter sagrado, convertían la majestad terrestre en majestad divina, y el súbdito se veía entregado en alma y cuerpo á la omnipotencia terrible producida por el funesto consorcio de ambos poderes supremos. El Cristianismo destruyó esa organización de tiranía, y puso un límite á la omnipotencia del Estado antiguo, diciendo á los pueblos: «Dad al César lo que es del César, á Dios lo que es de Dios». Desde entonces Dios y el César fueron poderes distintos. El hombre, en su vida material, en sus relaciones é intereses temporales, continuó sometido á los poderes que gobiernan y dirigen el Estado; pero en la parte más noble de su ser quedó proclamada su emancipación de las tiranías de la tierra. Sobre este dogma fundamental de la separación de los dos poderes, y distribución de las prerogativas del cetro y del pontificado en manos distintas, se ha edificado la magnífica construcción, el soberbio é incomparable organismo de la sociedad cristiana, que designamos con el nombre de Iglesia. Monumento cuya majestad asombra á sus mismos enemigos, y hace proclamar que es la obra maestra de la política humana á los más ilustres sectarios del protestantismo, que quisieron negar fuera obra de un arquitecto divino.

Mas lo extraño y admirable en la constitución de la Iglesia no es que habiendo nacido una religión, y formándose, por lo tanto, una sociedad religiosa, se haya constituido al mismo tiempo el gobierno propio de esta sociedad. Hecho es éste que espontáneamente se produce con el origen de toda religión, pues el sentimiento religioso en el hombre no es un principio individual, sino un principio esencialmente social; no estriba su naturaleza en el sentimiento, profundo y arraigado ciertamente, pero vago, indefinible é incompleto, que brota en nuestro corazón y nos revela la existencia de un Ser superior, creador y ordenador del universo, sino que su verdadero carácter está en unir muchas criaturas en una misma creencia, en la profesión de un mismo dogma y en el empleo de los mismos medios para conseguir un mismo fin. Pero si la idea de religión implica la idea de asociación y so-

ciudad, toda religión, para subsistir, necesitará formar una sociedad. Y en el momento que nace la sociedad religiosa se ve regida por su gobierno propio. Nada extraño, pues, que en el instante de su nacimiento se haya producido, con respecto al Cristianismo, lo que inevitablemente sucede en la hora de la formación de toda nueva sociedad religiosa. Pero lo que hay de admirable, y aún de inexplicable, á la simple razón del hombre, en la constitución de la Iglesia cristiana, es que desde el momento mismo en que se promulga por la tierra, haya, para constituir su gobierno, sentado con sin igual firmeza y constancia los dos principios capitales de su gobierno: la separación del poder temporal y del poder espiritual, y la institución de un jefe supremo para el gobierno de la Iglesia universal.

Además, es indudable que ninguna sociedad religiosa encontró dificultades mayores que la nuestra para la constitución de su gobierno. Los dogmas que revelaba al mundo eran los principios más nuevos y contrarios que se podían oponer á la organización de la sociedad hasta entonces conocida. La religión hasta aquel día había revestido un carácter de raza, de nacionalidad y de institución puramente política. Cada familia tenía sus lares, cada ciudad sus divinidades, cada Estado sus dioses tutelares propios y exclusivos. El Cristianismo venía, por el contrario, á sembrar la palabra de vida por todos los pueblos, proclamando que ya no había ni judío ni griego, ni libre ni esclavo, sino que eran todos libres é iguales en Cristo. Lejos de ser una religión nacional era, por el contrario, una religión universal, que venía á sustraer el dogma á la arbitrariedad de los poderes temporales. ¿Qué obstáculos no presentaba innovación tan grande para la constitución del gobierno eclesiástico en la nueva sociedad cristiana! ¿Dónde hallar un elemento para constituir este gobierno universal? ¿Acaso en la organización del imperio romano, que entonces avasallaba al mundo? Pero nada podía darse más contrario á la constitución del imperio que una religión levantada sobre el dogma fundamental de la separación del poder espiritual y del poder temporal, es decir, una religión que de un golpe arrancaba al César las atribuciones más preciadas de su tiranía, y enfrenaba todo el poder del despotismo del príncipe ante la conciencia de uno cualquiera de los súbditos. La dificultad se presentaba, pues, insoluble.

Sin embargo, fenómeno admirable, desde los primeros días de sus orígenes, la sociedad cristiana sienta los dos principios capitales de su gobierno, sin los cuales era imposible que existiera una Iglesia verdaderamente cristiana, ceba los cimientos del pontificado romano, y proclama la independencia del poder espiritual, edificando sobre ello esa Iglesia, cuya existencia y duración es el milagro permanente de la historia.

No me propongo examinar el pontificado romano, ni en sus orígenes divinos, ni en su desenvolvimiento histórico: únicamente intentaré trazar el cuadro de algunas de las terribles vicisitudes que ha padecido, en los veinte siglos que lleva de vida, esa institución que es la base esencial del orden cristiano y del edificio europeo, y cuya ruina y despojo constituye una de las más graves, si no la más grave de las cuestiones que se agitan en el revuelto caos de la revolución moderna. El estudio de las tormentas que ha dominado la tiara es, en efecto, el más á propósito para convencerse de que, si los primeros cristianos vieron el prodigio singular de la fundación de nuestra Iglesia, nosotros estamos presenciando el prodigio, todavía mayor, de su conservación. Y si no faltan escritores y críticos, que no ven ó pretenden negar este prodigio manifiesto, no es sino porque son muchos los que leen libros de historia, y hasta escriben capítulos y tomos sobre historia, pero muy pocos los que leen y escriben la historia.

No ha leído la historia, ó no procede de buena fé, quien no considere la institución del pontificado como la más extraordinaria y admirable que se ha conocido y se conoce en la tierra. No es hombre de Estado quien diga que el gobierno de la Iglesia no es el gobierno más sábio, perfecto y estable de cuantos han conocido los pueblos. Nunca se combinaron y armonizaron tan bien como en el seno de la Iglesia los elementos constitutivos de toda sociedad humana: la soberanía, la aristocracia y la democracia. Junto á un poder supremo universal é indivisible, cabeza de toda la jerarquía sagrada y depositario único de la soberanía, está el cuerpo de los obispos y demás pastores, que como elemento aristocrático intervienen con jurisdicción y poderes propios en el gobierno espiritual; y al mismo tiempo, en la base de esa construcción social, hay un elemento democrático, que si no tiene participación directa en el gobierno, forma, sin embargo, la democracia me-

jor constituida y gobernada, la democracia rodeada de mayores libertades y prerogativas, la mejor asistida en sus necesidades, la más respetada en sus derechos, la única que puede decir que sus pastores son siervos de los siervos de Dios. Nadie ha resuelto mejor que la Iglesia el difícil problema de constituir una sociedad con la más vigorosa unidad posible, al mismo tiempo que se deja á los miembros la mayor independencia y libertad. La Iglesia es á un tiempo la unidad soberana y la variedad suprema. Siendo su monarquía una, indivisible, universal, es, no obstante, una especie de federación, en la cual las diócesis diversas y las provincias eclesiásticas forman en cierto modo como Estados diversos, dotados de toda la independencia y libertad necesarias para satisfacer á las tradiciones y al carácter de cada pueblo de la Cristiandad. Esa organización poderosa, que abarca al universo y llama á su soberanía á todos los pueblos y á todas las razas, es tan expansiva, que se amolda sin esfuerzo á las circunstancias más extrañas y diversas de tiempos y lugares. Es á la vez una monarquía completa, una aristocracia admirable y una democracia perfecta. Reune todas las ventajas de la monarquía hereditaria y de la monarquía electiva, del gobierno absoluto y del gobierno mixto. El poder en ella es activo, robusto y enérgico, pero de ningún modo opresor. En la cúspide como en la base de su jerarquía, en el fondo de todas las instituciones, el derecho de todos se ve rodeado de tradiciones, de costumbres y principios tutelares. Además, esa autoridad tan excelsa y suprema, que no se conoce en la tierra otra tan augusta y sublimada, no se trasmite ni por el derecho hereditario, ni por la fortuna; desde el cargo más humilde hasta la dignidad de pontífice máximo y señor del orbe como vicario de Cristo, todos los grados de la jerarquía eclesiástica pertenecen al mérito y á la virtud. El pontificado romano es el único grado supremo al cual, por la simple elección y no como consecuencia de cataclismos y revoluciones, se han visto elevarse constantemente durante el trascurso de diez y nueve siglos individuos de las clases más pobres y abatidas. Ninguna sociedad como la cristiana, ningún gobierno como el de la Iglesia para ensalzar á los humildes.

Tales son los principios que desde el primer día se informaron en la constitución interna de la Iglesia y permanecerán en ella eternamente. Este organismo admirable, obra de inspi-

ración divina, aunque entregada á manos de los hombres, podrá en su manifestación externa estar sujeta á las alteraciones y mudanzas que introduce el tiempo en las instituciones humanas; pero de principio fundamental, ha permanecido y permanecerá siempre invariable: y uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece la historia es el mostrar cómo la constitución de la Iglesia, manteniéndose siempre la misma, fué, sin embargo, bajo la dirección providencial y el gobierno del pontificado romano, desenvolviéndose en incomparable cuerpo de doctrina y dando vida á variedad infinita de instituciones, todas ajustadas á las necesidades de cada generación.

Lo mismo decimos del principado que el obispo de Roma ejerce en el seno de la Iglesia. Para demostrar su necesidad no es menester acudir á razones teológicas: basta el sentido común. Profiere, en efecto, la herejía más abominable, no sólo contra el dogma apostólico, sino también contra el sentido común, quien pretenda que se puede organizar una sociedad civil ó religiosa sin un centro de unidad; que se puede crear una nación sin un poder central en la nación; que se puede formar una Iglesia universal sin un poder central de esta Iglesia universal. Pasaría por loco en política quien se atreviera á decir que se puede constituir un imperio germánico sin un emperador germánico; un imperio de Occidente sin un emperador de Occidente; ó una república federativa de los Estados-Unidos sin un presidente ó un poder central de esta república. Y comprenderán sin esfuerzo los hombres de Estado, que desatino igualmente grande es en el orden del gobierno eclesiástico decir que ha de existir una Iglesia, Una y Universal, sin un jefe, sin un centro de esa Iglesia, Una y Universal.

La esencia de la religión cristiana es la universalidad de sus dogmas, que abarcan á todos los pueblos y á todas las edades; esta religión universal no puede vivir sin un gobierno, sin un centro ó jefe de su gobierno. La tiara del romano pontificado es por lo tanto la esencia del dogma cristiano; negar su autoridad equivale á negar la esencia misma del Cristianismo. Todo culto que se separa de Roma se separa del seno mismo del Cristianismo, y toda Iglesia que se diga disidente se aparta, no sólo del Catolicismo, sino también del Cristianismo, pues sin Catolicismo no hay Cristianismo. No caben ni sutilezas ni evasivas contra este principio

axiomático, magistralmente sentado por De Maistre: «que sin el soberano pontífice no hay verdadero Cristianismo; y que ningún hombre de buena fé, separado de la Iglesia romana, se atreverá á afirmar bajo su honor, si tiene algo de ciencia y de sentido común, que se puede fundar una religión universal sin una Iglesia universal, y una Iglesia universal sin un centro, sin un jefe de esa Iglesia».

A este último resultado viene, sin embargo, á parar el Cristianismo de las Iglesias disidentes. La soberanía de un jefe de la Iglesia universal y la independencia del poder espiritual es, por el contrario, la base de granito sobre la cual el Cristianismo desde sus primeros días edifica la silla de San Pedro y empieza la soberbia y eterna construcción de su Iglesia. «La historia de esta Iglesia, exclama el protestante Macaulay, enlaza unas con otras las grandes edades de la civilización humana. Ninguna otra institución vive hoy que traiga á la memoria el recuerdo de los tiempos en que el humo de los sacrificios se elevaba ante los ídolos del Panteón, y los tigres y las panteras saltaban en el circo Flaviano. Las dinastías reales más orgullosas de su antiguo origen no son sino de ayer, cuando se comparan con la sucesión de los soberanos pontífices. Sin interrupción podemos seguir esta sucesión desde el papa que coronó á Napoleón en el siglo décimonono hasta el papa que ungió á Pipino en el siglo octavo; y más allá del reino de Pipino asciende esta augusta dinastía hasta perderse en el crepúsculo de la fábula¹. En punto á antigüedad, la república de Venecia viene después del pontificado. Pero comparada con el pontificado, la república de Venecia es moderna. Desapareció la república

¹ No sólo hasta el papa que ungió á Pipino, sino ocho siglos más allá podemos seguir sin interrupción esta augusta dinastía. «Qué consuelo para los hijos de Dios y qué motivo de convicción para ellos, dice Bossuet, cuando ven que desde Inocencio XI, que hoy tan dignamente ocupa la primera cátedra de la Iglesia, seguimos sin interrupción la dinastía de los pontífices hasta el mismo Pedro, constituido por Cristo príncipe de los apóstoles; y que volviendo á tomar desde allí la serie de los pontífices que sirvieron bajo la ley, llegamos hasta Aaron y hasta Moisés, y de estos hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué sucesión, qué tradición, qué enlace maravilloso! Si nuestro entendimiento, siempre incierto por naturaleza y convertido por sus propias incertidumbres en juguete de sus propios razonamientos, siente necesidad, en los asuntos en que se trata de su salvación, de verse fijado y resuelto por una autoridad segura, ¿qué autoridad mayor se le puede ofrecer que la de la Iglesia católica, que en su seno reúne toda la autoridad de los siglos pasados y de las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?» BOSSUET. *Discurso sobre la historia universal*, parte II, c. XIII.

ca veneciana, y el pontificado subsiste. Y subsiste el pontificado, no en estado de decadencia, no como antigualla, sino lleno de vida, de fuerza y lozania. La Iglesia católica envía todavía á las extremidades del globo misioneros tan celosos como aquellos que con Agustín abordaron en nuestras playas de Kent; todavía hace frente á sus enemigos coronados con el mismo vigor que desplegaba ante Atila. El número de sus hijos es hoy mayor que nunca. Sus adquisiciones en el nuevo mundo compensan con exceso lo que haya podido perder en el antiguo. Su autoridad espiritual domina sobre las vastas regiones que se extienden desde el Misuri hasta el cabo de Hornos, regiones que de aquí á cien años tendrán probablemente tan numerosa poblacion como la que hoy vive en Europa. Ninguna señal veo que indique el término próximo de su larga dominacion. Vió el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que viven hoy en el mundo, y no estoy convencido de que no haya tambien de presenciar su fin. Era grande y respetada antes que los francos atravesaran el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando aún se adoraban los ídolos en la Meca, y probablemente conservará su vigor cuando algun viajero de Nueva Zelandia venga á sentarse en medio de una vasta soledad sobre los restos de un arco del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo.

¡Qué comienzo, sin embargo, tan extraordinario por lo humilde el que tuvo esta Iglesia! Nada puede concebirse más asombroso. Jamás se presentó tan manifiesto en la historia el decreto providencial. Suele decirse que los grandes hechos providenciales se caracterizan generalmente por el contraste entre la pequeñez de los medios y la grandiosidad del resultado, por la desproporcion entre la flaqueza de las fuerzas y de los agentes que en ellos intervienen y la obra extraordinaria que producen superando los más increíbles obstáculos. Considerada en su principio la empresa parece obra propia de dementes: todo en ella choca y repugna á los cálculos de nuestra razon; para el comun de los humanos reúne todas las apariencias de insensato quien la intenta y tiene fé en ella, y además, sobre esta empresa, que de suyo tenemos por imposible de realizar, dada la pobreza de los medios, parece que se

1. MACAULAY, *Juicio crítico sobre la historia de los papas*, del doctor L. Ranke.

vienen á acumular estorbos tales y tan extraños, que para dominarlos creeríamos impotentes á todas las fuerzas humanas. No obstante, contra todos los cálculos de la humana prevision, lo que parecia insensatez se impone al universo conjurado contra ella, y produce el resultado más admirable y grandioso. Jamás se acumularon todos estos caractéres de un modo tan elocuente como en la fundacion del pontificado romano. Circunstancias más difíciles que aquellas en que se vió el primer príncipe fundador de tan augusta dinastía cuando se dirigió hácia la gran ciudad donde habia de erigir su sólio; recursos más flacos, obstáculos más insuperables, empresa más jigantesca, y por tanto, dada la flaqueza de los medios, más desatinada, no la ha conocido el hombre. En absoluta pobreza y desamparo, con todas las privaciones y fatigas de su condicion, el pescador de Genezareth salió de Jerusalem, cruzó el Asia Menor, y no deteniéndose en Antioquía más que el tiempo preciso para fundar una Iglesia, se encaminó en derecha hácia la ciudad reina del orbe. Entró en la ciudad predestinada, vagando como extraño y desvalido por aquellas grandes vías cubiertas de palacios, templos y de todas las señales del poderío y de la magnificencia. Vió allí muchedumbres inquietas, que inundaban el foro y el coliseo, habituadas á vivir y gozar con los despojos del universo; vió á las altas magistraturas funcionando con todo el esplendor de la majestad romana; lictores, centuriones, patricios, pro-cónsules, senadores, generales triunfadores corriendo presurosos á la mansion del César ó á los demás centros de la administracion imperial, mendigando serviles la proteccion de Neron, ó corriendo en pós del áura popular; las soberbias damas romanas llevadas ostentosamente por muchedumbre de esclavos y libertos; al hombre de toga y al tribuno volviendo del foro rodeados de la turba de sus admiradores y clientes; al mercader interesante y desalmado esperando afanoso el arribo de las naves cargadas de mercaderías y tesoros sacados de los confines del mundo; los sangrientos delirios del circo, las hecatombes ante los ídolos y las procesiones triunfales de los dioses del Estado; aquellas legiones que como martillos de hierro habian derribado los tronos, ejércitos y dominaciones de la tierra; aquel venerable senado romano, asamblea que no tuvo igual en las artes de la política, y en cuyo seno se ventilaban entonces los destinos de todos los pue-

blos; se vió, en fin, rodeado de los imponentes símbolos de un poderío sin límites, de las maravillas de una civilización heredera de la civilización de todos los imperios; contempló los monumentos y esplendores de una religión secular, asentada sobre los mismos cimientos que el colosal imperio. ¡Qué contraste tan grande entre la grandeza romana y la pobreza de aquel hombre que vagaba como extraño por la ciudad! Antiguo pescador, peregrino, anciano que venía de Oriente, oscuro plebeyo de todos desconocido, las gentes de Roma le tomarían al pasar por algún hijo de Egipto, por judío ó caldeo ó súbdito de algunas de las provincias orientales que acababan de someter las legiones, y lo mirarían con la misma curiosidad ó indiferencia con que miramos hoy al asiático ó al africano que encontramos por las calles de nuestras ciudades. Si alguien hubiera dicho entonces á los romanos que aquel anciano, que como peregrino venía de Oriente, había acudido á Roma para fundar una dinastía mil veces más augusta que la de los césares y destinada á expulsar de Roma á los césares, y se proponía fundar una soberanía religiosa, destinada á ser heredera de la soberanía romana, y á destruir toda aquella civilización para levantar en su lugar una civilización eterna; y que para realizar tales mudanzas no había de emplear otro medio que el anunciar á las gentes que él era el enviado y apóstol de un judío, que espiró en Jerusalem con los tormentos del suplicio infame de la cruz, y referirles al mismo tiempo que ese hombre, muerto como el más vil de los esclavos, era el único Dios verdadero, Hijo en la Trinidad divina, lo mismo los patricios como los plebeyos, y las altas dignidades del imperio como la plebe fanática, tuvieran unánimes á tal hombre por el más insensato de los dementes.

Ese fué, sin embargo, el decreto providencial, que se cumplió al pie de la letra. Y el historiador tiene que estimar como uno de los misterios más inexplicables que encierra la historia, la rapidez asombrosa con que se efectuó tan prodigiosa mudanza y se difundió el Evangelio por la tierra.

Á los dos siglos del martirio de Simon Pedro, el emperador Diocleciano declaraba ya que «prefería tener un competidor al imperio mejor que un obispo de Roma»; y medio siglo más tarde, Constantino fundaba en Oriente la nueva metrópoli donde se habían de refugiar los césares romanos, para dejar la antigua capital

al pontífice romano. Pocos años despues de la crucifixion de Cristo, San Pablo anunciaba ya á los romanos que el Evangelio estaba anunciado por todo el orbe¹; escribía á los colosenses, que toda criatura que habitaba la tierra había oído el Evangelio, y que la sublime enseñanza crecía y fructificaba por todo el universo². Cuando predicaban los discípulos de los apóstoles, podía decirse que no había pueblo tan salvaje ni ribera tan lejana á donde no hubiera llegado la Buena Nueva. Cien años despues de Cristo, San Justino contaba entre los fieles á muchas naciones bárbaras y hasta pueblos nómadas que vagaban por la tierra sin morada fija³. Poco despues San Ireneo podía incluir aún mayor número de naciones en el místico rebaño⁴. En el siglo III, Tertuliano y Orígenes enumeraban todavía más pueblos en el seno de la Cristiandad⁵. Y breve tiempo despues de Orígenes, Arnobio acreditaba que el dominio de la Iglesia se extendía hasta por naciones y tribus que apenas había oído nombrar el mundo antiguo, y designaba como cristianos pueblos no enumerados por Tertuliano⁶. Y no había en este recuento exageración ninguna, porque era un suceso maravilloso que traía asombrados á fieles y paganos, y que los cristianos perseguidos podían exponer á la faz del gobierno imperial y de los perseguidores sin temor de ser desmentidos.

¿Cómo pudo el universo rendirse tan pronto ante la doctrina del Crucificado? ¿Cómo los pobres artesanos de Galilea pudieron hacerse oír de todas las naciones y convertirlas á su fé? ¿Cómo el oscuro fundador de la poderosa é inmortal dinastía espiritual pudo vencer al colosal imperio y conseguir que tan rápidamente en la misma Roma sus sucesores se alzaran con majestad mayor que la de los césares, y extendieran su dominio más allá de los límites de la dominación romana? Niéguese, si se quiere, que en todo esto haya habido milagro é intervencion sobrenatural; pero será entonces preciso convenir en que no ha habido milagro mayor ni más increíble que el de haber en tales condiciones y con tan flacos re-

1. *Epist. ad Rom.*, l. 8.

2. *Epist. ad Colos.*, l. 5, 6, 28.

3. *Iust., Apolog.*, 2 et *Adv. Triphon.*

4. *Ireneo*, l. 2, 3.

5. *Tert., Adversus Jud.*, 7, *Apolog.*, 87.—*Orígenes*, *Tr.* 28, in *Matt.*; *homil.* 4, in *Ezech.*

6. *Arnobio*, lib. II.

cursos y extraños medios convertido al mundo sin milagro, y hecho entrar á tanto ignorante en la fé de misterios tan sublimes, y haber inspirado á tantos y tan ilustres sábios tan singular sumision, y haber convencido de tantas cosas increíbles á los incrédulos, y haber matado al mundo antiguo, traído á ruina civilizaciones seculares, destruido el más poderoso de los imperios, trasformado la tierra y producido una era nueva é incomparable en la historia, produciendo en la vida social alteraciones y mudanzas tales que ahora, al cabo de diez y nueve siglos de verlas florecer, la imaginacion apenas acierta á concebir cómo se pudieron implantar en el cuerpo decrepito y podrido del paganismo. En una palabra, la conversion del género humano, emprendida por doce artesanos ignorantes y rudos, y realizada casi instantáneamente, sin un acto de violencia, por la única fuerza de una predicacion que, lejos de dirigirse á la imaginacion y los sentidos y de halagar intereses y pasiones, castigaba, por el contrario, á la imaginacion y los sentidos, y mandaba reprimir toda sensualidad y codicia, ó se ha realizado con el milagro de la intervencion divina, ó de lo contrario es el mayor y más asombroso de los milagros; y ese hecho, el más culminante de cuantos registra la historia, es un suceso maravilloso de cuya realidad no pueden dudar nuestros sentidos, y que nuestra razon, sin embargo, no alcanza á comprender.

Esta Iglesia, cuyo vigor no han hecho sino aumentar los siglos, ha sufrido, sin embargo, en todo el curso de su vida, las más tremendas tempestades. Quién reflexione sobre el modo que ha tenido de sobrevivir á ellas, habrá de confesar que no puede perecer por grandes que sean las catástrofes que en adelante puedan venir.

La antigua Roma, aunque habiendo abandonado las seculares tradiciones de su libertad para entregarse á la tiranía de los césares, brillaba aún con todo el esplendor de su grandeza; aún veía postrado y sumiso á sus piés al universo entero. Jamás se habia conocido, ni volverá á conocerse quizás, imperio más poderoso, organizacion social dotada de más vigorosos elementos de dominio. Mas doce plebeyos humildes salen de un rincón casi ignorado de la Siria, y sin otras riquezas que los preceptos de caridad y amor recogidos de los lábios de un crucificado, sin otras armas que su celo y fé ardiente, y teniendo en las manos una cruz, emblema del suplicio del esclavo, se lanzan á estremecer al mun-

do con la predicacion de la Buena Nueva, y ellos solos hacen frente al coloso que esclaviza al orbe. Contra sus predicaciones se desata al instante espantosa tempestad. Los sacerdotes del antiguo culto, los emperadores, el pueblo, todos los poderes sociales de un mundo destinado á perecer, sobrecogidos en su agonía por el primer vago terror de la muerte, se conjuran para exterminar la nueva secta del Galileo.

Pero los apóstoles, erguida la frente, sin intimidarse por amenazas, prosiguen serenos su mision entre las naciones, aletargadas en deleites y prostituidas al pié de los altares de una religion depravada. A los halagos seductores de los sentidos, á los placeres de la orgía, á los mitos ardientes, á las voluptuosas solemnidades del paganismo, á la moral epicúrea, á la corrupcion monstruosa de las costumbres, al desenfreno de todos los vicios, á la desesperacion estoica, sustituyen la severidad y la tristeza del culto de las catacumbas, los gemidos, los sufrimientos, los cilicios de la penitencia, los tormentos, los pavorosos dolores de la persecucion, las angustias en la vida, las esperanzas en la muerte, la abnegacion, la pobreza, el sacrificio heroico, la práctica de las más difíciles virtudes.

Se empeña lucha implacable entre el Evangelio y el universo pagano, lucha admirable y sangrienta, sin igual en los anales de los siglos. Por donde quiera surgen instrumentos de bárbaro suplicio. Edad, virtud, candor, encantos de la inocencia, rasgos incomparables de abnegacion y caridad, nada detiene el brazo del verdugo. El pueblo quiere recrearse y gozar con la agonía de los mártires. No hay crueldad ni tormento que no imagine la tiranía para hacer mayores las angustias de las madres, más terrible aún la muerte de las vírgenes y acabar de una vez con la nueva secta. Más de tres siglos dura la lucha. Pero los verdugos se cansan al fin del repugnante oficio, las gradas del circo quedan poco á poco desiertas, los ídolos caen de sus altares, los dioses del Panteón se despeñan por la roca Tarpeya, el lábaro augusto, símbolo sagrado de paz y de libertad, ondea sobre el sólio de los mismos césares sus perseguidores, y entre las ruinas del paganismo surge majestuosa la cruz del Calvario, teniendo prosternados á sus piés á los pueblos regenerados, que lleno de esperanzas el corazón meditan tranquilos sobre las inefables verdades del Evangelio. El pa-

ganismo había infestado la tierra con la lepra de todos los vicios; pero con la fé en los nuevos misterios, las virtudes más difíciles y sublimes, los sacrificios más heroicos se multiplicaron por las naciones. Fueron entonces innumerables los ejemplos de ricos que se empobrecieron para amparar á los pobres, de pobres que prefirieron la pobreza á la fortuna, de vírgenes que imitaron en la tierra la vida de los ángeles, y de creyentes que afrontaron todos los tormentos antes de faltar á la menor obligacion de conciencia. En lugar de la obscena bacanal que resonaba sin cesar por todas las ciudades del imperio, el espíritu de mortificación y penitencia se apoderó de los hombres. Nunca los tribunales de la justicia humana trataron á los delinquentes con mayor severidad que la que empleaban contra sí mismos aquellos pecadores arrepentidos y penitentes. Hasta los mismos inocentes reprimian con increíble rigor la inclinacion al pecado, ingénita en nuestra naturaleza. La vida solitaria del Bautista, que tanto asombró á los judíos, se hizo común entre los fieles. Los desiertos se poblaron de santos anacoretas, que huían del mundo para alcanzar mejor la perfeccion cristiana. La Iglesia, en fin, había vencido para siempre al paganismo, y derramaba entre los pueblos los frutos admirables del Evangelio.

No había aún salido triunfante la Iglesia de esta lucha, espantosa y suprema, con la cual intentó el paganismo ahogarla en la cuna, cuando en su mismo seno se forma de pronto otra tormenta no ménos terrible. Las herejías empiezan á desgarrarla. Brillaba entonces entre todas las ciudades la hermosa Alejandría. Su escuela era el oráculo del mundo. En su biblioteca habian depositado su testamento los siglos de la era antigua. Alejandro, rodeado de todos los pueblos helénicos, acompañado del génio de Homero, de Esparta y Atenas, del génio de las artes y de la filosofía helénica, había acudido á orillas del Nilo para fundar la hermosa ciudad hija de Asia y Europa, en cuyos muros se habian de juntar todas las razas, todos los pueblos, todas las teogonías, todas las ciencias y escuelas del mundo antiguo: el panteísmo de Brahma y el antropomorfismo helénico, Valmiki y Homero, Cápila y Sócrates, Aristóteles y Platon, Serapis y Júpiter, los dioses asiáticos y el Dios uno y eterno del Antiguo Testamento, como si fuera la encarnacion viva de la conciencia humana, el admirable reflejo de todas las ideas antiguas en su mayor variedad y grande-

za, la síntesis de las edades pasadas antes de espirar en el seno del Cristianismo. Ante esa gigantesca amalgama de todas las filosofías y de todos los cultos del universo congregados en los muros de una misma ciudad, la imaginacion se sentía desfallecer y las cabezas de mejor temple, los más sábios doctores divagaban entre los sueños teúrgicos del Oriente y las filosofías incoherentes y sofisticas del Occidente. Fascinados por la contemplacion de todas las filosofías y de todas las religiones que habian seguido los hombres, los teosofistas revolvan con predileccion el proyecto fantástico de fundar una nueva religion con los escombros de todas las religiones seculares; y los filósofos intentaban crear una nueva filosofía con el residuo de todas las filosofías.

Del seno de aquella brillante ciudad, en cuya Academia estaban efervesciendo todos los sistemas, se levantó la protesta de fuego. Un clérigo de Alejandría proclama la rebelion contra el dogma y la jerarquía católica, niega por un lado la divinidad de Jesucristo, y por otro, resucitando los recuerdos paganos, quiere unir en las manos del César el pontificado y el imperio, cuyo consorcio había desechado el Cristianismo. Numerosos prelados se unen á su protesta. Los emperadores patrocinan la herética doctrina; Constancio y Valente le prestan el apoyo del brazo secular; el mismo Constantino vacila. Sonríe y halaga á los príncipes la idea de ver unidos en su mano los atributos de los dos poderes. La Iglesia se mantiene firme, guardando incólumes las tradiciones de la fé y robusteciendo con mayor vigor la independencia de su jerarquía ante la protesta triunfante. Teodosio al fin se declara contra la herejía, y perece la ardiente controversia. Era tiempo, pues la herejía estaba amenazando de muerte á la Iglesia y á la sociedad entera. Había adquirido proporciones increíbles, que nunca alcanzó más tarde el protestantismo. Había puesto á la Iglesia católica en minoría. Casi todas las sociedades europeas se habian convertido á principios del siglo V en naciones arrianas y vivian fuera del gremio católico. Todos los pueblos bárbaros, á excepcion de los francos, eran arrianos. Teodorico en Italia, Alarico en la Galia Narbonense, los godos de Aquitania y España, los burgundios de la Galia Lionense, los suevos en Galicia, los vándalos en Africa, eran arrianos. Anastasio, que reinaba en Oriente, seguía la herejía de Eutiques. Contra otras herejías, si no tan imponentes,

movidas en cambio por pasiones todavía más feroces, había tenido mientras tanto que luchar la Iglesia. Citaré como ejemplo á los donatistas, que destruyeron la hermosa Iglesia africana, sin que bastara á contener sus furores toda la ciencia, dialéctica y celo de San Agustin. Y en Oriente á Nestorio y Eutiques, que trastornaron al imperio con sus disputas teológicas, y pusieron al Asia Menor en sedicion, produciendo las horribles escenas de aquel concilio, cuyo recuerdo ha quedado en la historia con el nombre de *el latrocinio de Efeso*. Escenas de indescriptible tumulto y atroces profanaciones, representadas por las más altas dignidades eclesiásticas de Palestina y Egipto: patriarcas, arzobispos, monjes y sacerdotes convertidos en séides feroces de la herejía monofisita, y que llegaron hasta pisotear y apalear bárbaramente en la misma basílica cristiana al patriarca de Constantinopla, el santo arzobispo Flaviano¹. Y mientras tanto, el mundo presenciaba uno de los mayores cataclismos de la historia. Se desplomaba el coloso romano, gangrenado por todos los vicios y asaltado por las hordas invasoras; y el pontífice tenia que contener á las puertas de Roma el furor de Atila; y los bárbaros conquistadores, capitaneados por el feroz Genserico, se entregaban á orgías de matanza y botín en la ciudad reina del mundo. Esta tormenta, sin embargo, poco á poco se desvanece también, como la tormenta pasada. Siglo y medio más tarde el arrianismo había muerto: Italia abjuraba el error; España se declaraba católica con Recaredo; el emperador Justino completaba en Oriente la obra de Teodosio, y la secta arriana desaparecía de África con los vándalos, destrozados por Belisario. La Iglesia romana surgía del seno de la tormenta más fuerte y poderosa que nunca. La herejía, que dos veces había estado á punto de conquistar al mundo, quedaba reducida á miserable secta en Oriente, y desaparecía de Occidente, esperando que algunos séides de la reforma y algunos escritores de nuestra edad vinieran á remover doce siglos despues sus podridos escombros.

Nunca habían conocido los hombres majestad comparable á la majestad con que se presentó la Iglesia ante los pueblos al salir la sociedad de aquellos siglos que presenciaron la más terrible confusión y anarquía que recuerda la historia. Caido para siempre

¹ AMÉDÉE THURRY, *Nestorius et Eutyches*, lib. V, pár. IV.

en Roma el simulacro de la antigua constitucion imperial, hácia la cual, por gratitud y condescendencia, la Iglesia tenia contraidos hábitos de sumision que, aunque de mera apariencia, dificultaban su accion libre y tranquila, estorbando su independencia, la Iglesia, personificada en el pontificado, era el único poder constituido que permanecia en pié y más fuerte y poderoso que nunca, cuando todos los demás yacian en tierra. Los bárbaros, que sin dejarse dominar por ninguna fuerza humana, con sus férreas mazas habían hecho pedazos por todo el suelo europeo la constitucion y el dominio imperial, se prosternaban á los piés de un poder espiritual, que con doctrinas sencillas y claras, con jerarquía firme y unida, con el esplendor de ceremonias angustas, les presentaba una moral que, aun violándola, debian todos admitir; dogmas y verdades sobrenaturales, que únicamente requerian fé y no sutiles racionios. Poderosa y magistralmente organizada, cuando todo estaba sumido en profunda confusion y anarquía, la Iglesia extendia por donde quiera su dominio, y hallaba medios de hacer respetar su autoridad hasta en el fondo de los desiertos. Por donde quiera, á nombre de Dios, intimaba al bárbaro que cesase en su obra de destrucion; al pié de sus altares ofrecia siempre proteccion al débil; congregaba alrededor de sus iglesias á todos los elementos de la vida social; desempeñaba en los municipios los antiguos oficios de la administracion imperial; se encargaba de las embajadas, de las altas y de las humildes magistraturas; tomaba asiento en los tribunales y en los consejos supremos de los reyes. Colocada al frente de la civilizacion, cuidadosamente desenvolvía en todos lados los gérmenes de nuestros grandes destinos; era el pedestal de toda organizacion social y política, el indispensable auxiliar de los planes grandes ó pequeños que se formaban sobre constitucion de las nacionalidades. Carlo-Magno no se atrevia á edificar su vasto imperio sin el apoyo de la Iglesia, ni se atrevia á ser emperador sin que el papa ciñera sus sienas con la diadema imperial. La Iglesia y el Estado, entonces poderes distintos, pero íntimamente unidos, recogian admirables frutos de su independencia y union recíproca. La Iglesia era poderosa, grande, respetada. El Estado contaba con el auxiliar más enérgico para constituir las nuevas nacionalidades, segun los nuevos principios.

Mientras en Occidente se realizaba esta gran obra, el Oriente

continuaba degradándose en la más abyecta decadencia. Mónstruo de cuerpo raquítico y cabeza deforme, que se pretendía heredero de los derechos del imperio romano, por su extension y múltiples recursos de poder y prosperidad hubiera podido ocupar el primer puesto entre las naciones cristianas. Pero condenado á una agonía de más de diez siglos, no daba otras señales de vida que los delirios, que suelen exaltar á los Estados como á los hombres moribundos. Los patriarcas, á quienes por aquellas regiones habia confiado la Iglesia el cuidado de las almas, vivian atormentados por la ambicion de igualarse al pontífice romano; y para satisfacer su desatinada soberbia intrigaban allí en la córte con las mujeres y los eunucos, patrocinaban la tiranía y corrupcion de los césares, acumulaban en las escuelas sofismas sobre sofismas, y hacian y deshacian á docenas las más extrañas y sutiles herejías. No era aquel imperio, que por todos estilos merece llamarse *Bajo*, el heredero de las tradiciones romanas: vivia más bien de tradiciones griegas degeneradas. Del carácter griego habia heredado el rasgo que pinta á la antigua Grecia, y la hizo inepta para toda gran unidad política ó moral. En ningun tiempo pudieron comprender los griegos lo que es la unidad moral ó política, jamás supieron formar una nacion. Sus pueblos, divididos en ciudades independientes, confederadas unas veces, con más frecuencia desgarrándose en luchas civiles, brillaron bajo esa forma, porque no pueden brillar y prosperar las naciones sino con la constitucion más adecuada á su carácter. Pero en política como en religion, en filosofia como en artes, nunca acertaron sino á personificar el espíritu de variedad, division y discordia. Ajenos á toda idea de unidad, en política les inspira su génio nacional múltiples y opuestas constituciones; en el lenguaje, dialectos distintos; en las artes, diversos estilos; en la filosofia, variedad de escuelas y abundantes sofistas; en religion, variedad de cultos y sectas y herejías. El imperio de Bizancio heredó con creces esta inclinacion de la raza helénica. En religion fué lo que le pedia su génio que fuera: discutidor, disidente, cismático, *hereje*. Entre ellos hizo fortuna esta palabra del antiguo, dulce y gráfico dialecto ático. Apenas conocieron el Evangelio, cuando con su carácter sofistico empezaron á dar ellos solos más que hacer á la Iglesia que todas las demás naciones reunidas. «Sutiles ergotistas; poseidos del demonio del orgullo y de la disputa, dice De Maistre,

consiguieron ahogar en ellos el sentido comun. Mezclaron á nuestros dogmas no sé qué temeraria metafísica, que esteriliza la sencillez evangélica. Queriendo ser á la vez cristianos y filósofos, no fueron ni filósofos, ni cristianos. Revuelven con el Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente. Armados de insensata dialéctica, quieren dividir lo indivisible, penetrar lo impenetrable. En vez de creer, disputan; en vez de rezar, argumentan. Los caminos se llenan de obispos que acuden al concilio, el servicio de postas del imperio apenas puede dar abasto: Grecia entera es una especie de Peloponoso teológico, en donde átomos luchan por átomos. La historia eclesiástica, gracias á esos inconcebibles sofistas, se convierte en libro peligroso. Al presenciar tanta locura, tanto ridículo y tanto furor, la fé vacila, y exclama el lector, lleno de repugnancia é indignacion: *Pene moti sunt pedes mei!* Bizancio haria creer en el sistema de las influencias climatológicas, ó en algunas exhalaciones peculiares á ciertas tierras, que influyen de un modo invariable sobre el carácter de sus habitantes. La soberanía romana, al sentarse sobre aquel trono, como sobrecogida de no sé qué influencia mágica, perdió el uso de razon, para no volverlo á recobrar. Recorred la historia universal, y no hallareis más miserable dinastía. Imbéciles ó furiosos, ó uno y otro á la vez, esos inaguantables principes dirigieron sobre todo su locura del lado de la teología; en ella hizo presa su despotismo para dejarla sin cabeza ni piés. Los resultados los conocemos. Perció aquel imperio como habia vivido. Echaba abajo Mahometo las puertas de la ciudad, mientras argumentaban los sofistas SOBRE LA GLORIA DEL THABOR»¹.

Con Focio se agrió la disputa, y de aquel hormiguero de sofistas y energúmenos ergotizantes, empezó á resultar lo que más tarde ó más temprano inevitablemente habia de venir. La Iglesia, que habia podido vencer á los arrianos, dominar á los bárbaros, convencer y aniquilar á los maniqueos, que podrá devolver la razon á un filósofo de la moderna Alemania ó á un discípulo de Hegél ó de Krause, no pudo curar de su locura á los sofistas del bajo imperio, y tuvo que dejar que continuaran estropeándose unos á otros con vaporosos sofismas. Para volver al gremio de la Iglesia

1. DE MAISTRE, *Du Pape*, lib. IV, c. IX.

madre, necesitan aquellos pueblos comprender primero el valor de la gran unidad moral, de que en mal hora para ellos les separó el cisma que por tanto tiempo les ha hecho vivir como fuera del gremio de la sociedad europea.

Grandes crisis está hoy ofreciendo el Oriente; le ha sucedido al imperio de Mahoma lo que le sucedió á la soberanía romana en cuanto se sentó sobre el trono de Bizancio. Ha perdido el seso, y tal vez para no volverlo á recobrar jamás, al menos en Europa. Verdadero y completo bajo imperio es éste para los modernos, como bajo imperio era aquél en los tiempos de la Edad Media. Desde que el estandarte de la media luna se izó en Santa Sofía, el gran turco ha caído en el estupor de la decadencia. Siglos van corriendo desde que la diplomacia empezó á darle el título de Gran enfermo. ¿Durará la decadencia tanto como duró la del antiguo bajo imperio? Difícil es decirlo. Pero si las razas sometidas hoy en esas regiones á la sublime tiranía otomana hubieran escarmentado de su antiguo espíritu de division y de discordia, y adquirido mayor apego al gran principio de unidad en el órden moral, podría asegurarse que estaba medio resuelto el problema en el órden político. El primer paso que tienen que dar esos pueblos, si quieren ser prósperos, es inclinarse en el terreno espiritual hácia el pontificado romano. La autoridad de los pontífices les libraría de la tiranía de zares-pontífices, que cuando se trata de oprimir hallan á mano armas espirituales y temporales tan poderosas como las de los sultanes. La autoridad del pontífice, al consagrar su independencia, comunicará á su nueva nacionalidad esa poderosa fuerza constituyente, con la cual la Iglesia ha ido construyendo nuestras grandes sociedades europeas¹.

¹ Que para librarse de la tiranía de los poderes, armados á un tiempo con la espada y con los atributos del pontificado, no acudan á su patriarca griego y cismático. De nada sirvió en otro tiempo este llamamiento cuando los duques de Rusia quisieron hacerse pontífices. Patriarca pontífice de la iglesia rusa debiera ser el patriarca griego. En el órden tradicional del cisma, incontestables son sus derechos. Y sin embargo, pasaria por loco el patriarca griego, hasta para los de su misma iglesia, que tal vez llegarían á deponerle, si intentara ejercer en San Petersburgo algun acto de supremacía. Fuera del Catolicismo, el poder espiritual cae siempre, tarde ó temprano, en manos del poder temporal, y resulta que queriendo fundar una nueva Iglesia, no se consigue más que constituir un Estado despótico. Poco tiempo después de la explosión del protestantismo, gran número de los más ilustres hombres de Estado y escritores protestantes venían á reconocer: «Que en la religion católica, con la soberanía del jefe supremo que reside en Roma, hay un principio contrario á todo poder político absoluto.

El mismo siglo oncenno que vió consumarse el cisma de Oriente, presenció en cambio un enérgico trabajo de reorganizacion y reforma en la Iglesia. Desenfrenada y monstruosa corrupcion se habia apoderado de todos los grados de la jerarquía eclesiástica. Durante más de siglo y medio la historia del pontificado no refiere sino crímenes y desastres de anarquía. Seis papas depuestos, dos asesinados y uno mutilado; dos y á veces tres competidores papas y antipapas disputándose con encono la sede pontificia; todas las pasiones de ambicion y sórdida avaricia desencadenadas en torno de la silla de San Pedro: tal es en aquella época el espectáculo que ofrece la capital de la Cristiandad. Mayor corrupcion todavía que en el córte de los pontífices se advierte en el resto de la Iglesia. El clero, entregado á asquerosa disolucion, vive cubierto de la lepra de todos los vicios. Ninguna observancia de la disciplina, ningun sentimiento de dignidad y pudor entre la mayor parte de los hombres encargados del divino sacerdocio. El concubinato y la barraganía de los clérigos, la simonía eclesiástica, se convierten en costumbre general por todas las Iglesias. Niños de cinco años están al frente de los arzobispados, malvados sin otros méritos que la audacia de sus crímenes ocupan los primeros puestos del episcopado. La Iglesia, completamente avasallada por los emperadores, no puede ni áun elegir sus obispos y nombrar las personas que han de desempeñar las dignidades de sus beneficios. Los príncipes disponen á capricho del báculo y del anillo de los obispados, como de las jurisdicciones temporales de sus reinos; y la sociedad cristiana se estremera con los incesantes escándalos de ver vendidas como en pública subasta las sillas episcopales, y entregadas al mejor postor, ó al intrigante más hábil, ó al privado de los emperadores, personas todas corrompidas y viciosas, que no ven en la mitra y en la púrpura romana sino el medio de sa-

Mientras en cambio en el Norte, la iglesia luterana se veía completamente sometida al poder civil y reducida á servidumbre. Y más de uno añadía con cierta cándida sorpresa: «De aquí que los pueblos protestantes hayan perdido su libertad desde que cambiaron su antigua religion por otra mejor». Al ver los frutos de servidumbre producidos por la reforma, Mycon, sucesor de Ocalampado en el ministerio de Basilea, exclamaba: «Los legos lo absorben todo y el magistrado se ha hecho papa». (*Epistola Cald.*, p. 52.) Así era en efecto: lo que ganó la reforma con repeler al papa eclesiástico, sucesor de San Pedro, fué darse un papa lego y poner en manos de los magistrados la autoridad de los Apóstoles, para que el poder civil se hiciera dueño de todo, hasta de la doctrina.

tisfacen las pasiones más viles. Parecían haber llegado para la Iglesia los tiempos apocalípticos.

Mas entonces ciñó la tiara romana uno de los caracteres más grandes que se han conocido; un hombre superior quizás al mismo Carlo-Magno, no sólo por la magnitud de las empresas que acometió, sino por la energía sin ejemplo y la incomparable sagacidad y prevision de que dió pruebas, al dar cima él solo, en medio del mayor desenfreno de pasiones brutales y perversas, á la reorganizacion y reforma más trascendental que se ha conocido en la Iglesia hasta los decretos del concilio tridentino. El gran pontífice Gregorio VII empuñó las riendas del gobierno eclesiástico, y con energía apenas creible atacó en su raíz los vicios que degradaban á la Iglesia y la mantenian avasallada á las pasiones del mundo. Anatemató, excomulgó, lanzó por bandadas del seno de la Iglesia á los clérigos simoniacos y concubinarios; reformó la disciplina y las costumbres; reorganizó las órdenes monásticas con reglamentos de la más severa y terrible observancia; emprendió contra los césares la gloriosa lucha de las investiduras, y humilló en la trágica escena de Canossa la soberbia imbécil de los césares alemanes, que no cesaban de trastornar al mundo, y traspasando periódicamente los Alpes, asolaban la Italia y consumían las fuerzas del imperio persiguiendo con tenacidad salvaje esa fantasma de la diadema y púrpura romana, que, según ellos creian, habia de darles la soberanía universal. Gregorio VII salvó la independencia de Italia y de las naciones cristianas poniendo á raya las pretensiones de aquellos supuestos herederos del imperio romano, que soñaban sin cesar con proyectos de monarquía universal y se agitaban como energúmenos coronados en el seno de la Cristiandad para sentar á su favor en el derecho público de nuestras nacionalidades la máxima predilecta de los legistas: «que el emperador es dueño y señor absoluto de todo el universo». Gregorio VII, en fin, fué el pontífice inmortal que trasformó la degradada jerarquía eclesiástica en el cuerpo de disciplina más vigorosa que se habia conocido hasta entonces; él fué quien hizo pedazos las cadenas que esclavizaban á la Iglesia, y prohibió á los prelados tomar posesion de la silla episcopal sin la prévia confirmacion de la sede romana. Dominando con voluntad de hierro la explosion de iras y pasiones que sus reformas suscitaban en Inglaterra, en Francia, en Hun-

gría, en el Milanésado, en su misma Roma, no sólo consiguió, en medio de la Europa sumida en barbárie, formar una jerarquía virtuosa, firme, independiente en lo posible de los poderes temporales y magistralmente organizada para hacer respetar hasta en el último rincón la autoridad pontificia, y dar vigor al principio de la unidad moral de nuestros pueblos; sino que le cupo la gloria de arraigar en las sociedades cristianas, con más firmeza que ningun otro pontífice, la gran verdad moral de que el poder inmenso del Cristianismo es nulo si no está concentrado en una sola mano que le ejerza y haga fructificar; pues en el órden social sucede con el Cristianismo diseminado por el globo absolutamente lo mismo que con las nacionalidades, las cuales no viven, ni tienen accion, ni nombre siquiera, sino en virtud de la soberanía que las representa y les dá una personalidad moral entre los pueblos. Del caos de corrupcion y desenfreno que amenazaba devorar á nuestra Iglesia la sacaba de nuevo el pontificado más gloriosa y prepotente.

No hace aún muchos años era costumbre entre los historiadores juzgar al gran pontífice como un carácter siempre dominado por arrebatos de fúria; como un déspota brutal, que desde la silla de San Pedro, con ferocidad impropia del vicario de Cristo, intentó avasallar todos los poderes de la tierra; como un frenético, en fin, que por las iras que contra la tiara romana suscitaron sus desatentados furores, más bien que de provecho sirvió de baldon para el pontificado. Hasta tal punto andaba falsificada la historia. Notable es en cambio la reaccion que en favor de Hildebrando empieza á presentar en sus juicios una crítica histórica más ilustrada. Conocido es el realce que dá al carácter de este varon insigne el protestante Gregorovius en su historia de Roma durante los tiempos medios. Menos conocido tal vez es el juicio breve y severo, pero justo, que sobre las memorables empresas de este pontificado ha hecho tambien en nuestros dias otro ilustre escritor, á pesar de sus preocupaciones de alemán y sus resábidos de racionalista. «Este formidable Hildebrando, dice, nacido entre las clases inferiores, parece como el vengador del pueblo oprimido por la aristocracia cruel de la Edad Media. A su siglo de hierro opuso el poder de la inteligencia é hizo triunfar la idea sobre la fuerza bruta. El edificio espiritual empezado por él, y terminado por Inocencio III, conmovido con frecuencia hasta en sus cimen-

tos, permanece aún en pie y tremola con arrogancia el estandarte de la monarquía pontificia. Monje humilde primero, Hildebrando llegó pronto á cardenal y dirigió con extraordinaria sagacidad la política de la santa sede. Siguiendo sus consejos instituyó Nicolás II el Sacro Colegio, al cual está confiada la elección de los pontífices, hasta aquel día abandonada al clero y al pueblo de Roma. Era esto sustraer de un golpe la elección á la influencia de la nobleza romana, y emanciparla del derecho de confirmación que ejercía sobre ella el emperador alemán. Ceñido de la tiara pudo por fin Gregorio VII consagrarse á su gigantesco proyecto de alzar la soberanía pontificia por cima de todos los poderes de la tierra, y convertir al vicario de Cristo en soberano señor de la Cristiandad. Para realizar su intento se apoyó Gregorio VII en la fé de los pueblos y en el respeto que entonces inspiraba la Iglesia; y á fin de dar todavía mayor vigor á esta autoridad del poder eclesiástico, operó con mano fuerte en el seno de la Iglesia tres reformas, tan importantes como necesarias: suprimió la simonía, prohibió á todo seglar conferir la investidura de los bienes y de las dignidades eclesiásticas, y asentó con el mayor rigor el celibato eclesiástico. La autoridad y la infalibilidad pontificia quedaron reconocidas como superiores á las mismas decisiones de los concilios, y tuvieron como medio de acción las armas de la excomunión y del entredicho papal, armas terribles que anonadaban como un rayo á todo aquél contra quien se fulminaban, é infundían el espanto en las poblaciones de todo un país. Respetado en Italia, y temido fuera de ella, el pontificado entró en lucha con el imperio, gobernado por Enrique IV. Y la escena de Canossa, en la cual el emperador, desnudos los pies y desnuda también la frente, y despojado de toda dignidad, imploró perdón postrándose á las plantas de ese frágil romano de tan humilde cuna, demuestra del modo más elocuente cuál fué la derrota que sufrió la monarquía; y aunque escena humillante para el orgullo alemán, caracteriza de un modo sublime el triunfo del espíritu sobre la materia.

Pero mientras tanto, á favor de corrupción tan grande, los restos del antiguo maniqueísmo, refugiados entre las razas eslavas, se habían propagado por Occidente. Habían penetrado primero

† JOHANNES SCHERR, *La sociedad y las costumbres alemanas*, primera parte, capítulo IV.

por el Norte de Italia, Hungría, Bohemia, Alemania, y uniéndose luego á multitud de otras sectas, con la rapidez del incendio se extendieron por el Mediodía de Francia. La bella y privilegiada Provenza era por entonces el país más próspero y civilizado de la Cristiandad: brillaba en el comercio, brillaba en la ciencia, brillaba sobre todo en las artes. En sus ricas y alegres ciudades, en los hermosos castillos sembrados por las márgenes del Ródano y del Garona, en medio de feraces y bien cultivadas campiñas, la gaja ciencia había comenzado á inspirar el laud de los trovadores. Mientras en los demás países el latín tosco y bárbaro de los siglos medios era todavía el lenguaje de las ciencias y de las artes, el lenguaje de las clases superiores, de los clérigos y de la gente de toga, y de toda la vida oficial, y sólo entre las clases populares estaban en uso los demás dialectos que se iban formando al descomponer cada pueblo, según su génio especial, la lengua del imperio romano; en la Provenza, por el contrario, se hallaba ya formada la armoniosa lengua de *oc*, y sustituyendo en todo al latín producía alegres cantos, deliciosas poesías, sátiras ingeniosas, dulces idilios de ardientes poesías amorosas, que eran encanto de todas las clases sociales. El menestral las recitaba ante numeroso y exaltado auditorio en las calles y plazuelas de la ciudad, y entraba la alegría en los castillos en cuanto al pie de las almenas feudales resonaban las amorosas cantilenas del gentil trovador. Inspirado por la nueva lengua, el espíritu caballeresco y feudal se había despojado allí de su ruda fiereza para revestir los encantos de la poesía en las córtes de amor.

De pronto el país más próspero y civilizado, la alegre y culta Provenza, se convirtió en foco terrible de herejía en el corazón mismo de la Cristiandad. El nuevo y armonioso lenguaje, tan querido por el pueblo y por los señores, los cantos del trovador y del menestral, se trasformaron en grito de ódio y guerra á muerte contra Roma. En aquellos serenos horizontes se había acumulado formidable tormenta, que amenazaba recorrer todas las regiones de Occidente, desatando toda suerte de peligros y furoros contra el dogma y la jerarquía romana. El peligro era gravísimo para la Iglesia, los momentos supremos. Así lo comprendió el pontificado, y la Cristiandad se conmovió con el grito de Roma convocan-

do á los creyentes en santa cruzada contra la formidable herejía. A este grito contestaron los sectarios con el asesinato del legado pontificio; pero pronto la hermosa Provenza se vió asaltada por escuadrones bardados de hierro, que á la voz del pontífice acudían del Mediodía y del Septentrion, para extirpar la herejía del seno de la Cristiandad; y siguió la terrible guerra de los albigenses, guerra cruenta y terrible entre todas las guerras de religión.

Pocos años despues el peligro estaba conjurado para la Iglesia. La herejía quedaba sofocada. Los franciscanos reformados y los religiosos de la órden de Santo Domingo veían prosternarse á los piés de Roma y entonar los salmos de la penitencia á poblaciones que poco antes en masa habian tomado las armas jurando morir antes que someterse al papa. Numerosas familias de herejes, para librarse del esterminio, tuvieron que abandonar sus hogares y dispersarse por las naciones, constituyendo desde entonces una nueva raza maldita, excluida de la sociedad religiosa y de la sociedad civil, condenada á los anatemas de veinte generaciones, y raza, en fin, que á pesar de más de seis siglos trascurridos, ha llegado aún hasta nuestros días con el mismo sello de reprobacion en la frente y formando la miserable casta de los *agotes*, cuyas trazas subsisten todavía en el país vasco y en Navarra. La bella Provenza, aquella región tan orgullosa de su cultura é independencia, quedaba assolada por todos los desastres é incorporada para siempre al reino de Francia. La herejía no habia conseguido sino aumentar la autoridad y resplandor del pontificado. Ocupaba el trono de San Pedro Inocencio III, el pontífice que con las cruzadas daba unidad á Europa y la salvaba retardando tres siglos la invasion de la media luna; el papa que excomulgaba al rey de Francia, al de Inglaterra y al emperador de Alemania, y disponia de los tronos y de los reinos, y dominaba en lo temporal apoyado en la creencia, general entonces, que consideraba á San Pedro como al gran señor feudal de la Cristiandad, con derecho de conceder ó negar la soberanía á los demás poderes temporales sus feudatarios. Estaba en su apogeo el gigantesco pero irrealizable proyecto iniciado por Gregorio VII, que queria organizar políticamente la Cristiandad, convirtiéndola en una familia de pueblos hermanos, sometidos al soberano pontífice, padre comun y árbitro supremo,

armado con poderes espirituales y temporales para mantener entre soberanos la justicia, entre los súbditos la obediencia, la paz y concordia entre todos.

Latente unas veces, y produciendo otras estrepitosos rompimientos, continuaba sin embargo, mientras tanto, en las relaciones de la Iglesia con el Estado, la antigua lucha entre el sacerdocio y el imperio. La ilustre casa de Suabia habia sucumbido en la contienda; el más grande y enérgico y atrevido de aquellos emperadores habia espirado sin lograr ver realizadas sus ambiciones predilectas contra el pontificado, y hasta en su última descendencia recogia los tristes resultados de la política seguida por los cesares de su dinastía. Manfred perecia en el campo de batalla, Conradino en el cadalso.

Peró al empezar el siglo XIV, la sociedad habia experimentado profundo cambio en las ideas, en la fuerza y organizacion de clases, y en las instituciones políticas. Se iniciaba entonces la formacion de las grandes monarquías. El poder real, concentrando rápidamente en su mano todos los poderes, adquiria extraordinaria prepotencia; la aristocracia perdía su influencia política; el estado llano variaba de condicion; los legistas empezaban á exponer sus doctrinas de cesarismo romano. El poder temporal, constituido sobre bases más vigorosas, contaba en las sociedades con mayores elementos de fuerza que la autoridad espiritual.

Entre los monarcas que con más feliz energia y astucia habian operado en sus Estados esta trasformacion en favor de la corona, sobresalía Felipe el Hermoso de Francia, hombre duro y sanguinario, político osado y bribon, tirano implacable, unas veces por necesidad y más por naturaleza, tramposo y violento según las circunstancias, monedero falso, como le llamaban sus súbditos, falsificador de bulas, como debió llamarle la santa sede. Pielmente secundado por la comitiva de legistas que siempre, como parásitos del despotismo, crecen á los piés de la tiranía, con sus violencias contra el pontificado inauguró la época triste llamada del cisma de Aviñon. Si atrevido y enérgico era Felipe, no ménos atrevido y enérgico era Bonifacio VIII. Si violento el monarca, de no ménos indomable carácter estaba dotado el pontífice. Enviada por el rey, llegó á Roma una bandada de sicarios, capitaneada por un legista. Su intento era apoderarse del papa y decla-